

ZULÚ

CARYL FÉREY

ZULÚ

Traducción:

ISABEL GONZÁLEZ-GALLARZA



MAEVA

Sé como una brizna de hierba,
Y serás más grande que el eje del universo...

ATTILA JÓZSEF

Al final del libro se encuentran las notas del autor y de la traductora.

*A mi amigo Fred Couderc
cuyas alas de gigante me enseñaron a volar,
y a su mujer, Laurence,
planeador inquieto.*

*«Zone Libre»
por el sonido, a volumen brutal.*

PRIMERA PARTE

LA MANO CALIENTE

1

—¿Tienes miedo, hombrecito?... Dime: ¿tienes miedo?

Ali no contestó. Demasiadas culebras en la boca.

—¿Ves lo que pasa, pequeño zulú? ¡¿Lo ves?!

No, no veía nada. Lo agarraron del pelo y lo llevaron hasta el árbol del jardín para obligarlo a mirar. Ali, obstinado, hundía la cabeza entre los hombros. Las palabras del gigante del pasamontañas le mordían la nuca. No quería alzar la mirada. Ni gritar. El ruido de las antorchas crepitaba en sus oídos. El hombre apretó con más fuerza su mano encallecida sobre su cabeza.

—¿Lo ves, pequeño zulú?

El cuerpo colgaba balanceándose blandamente de la rama del jacarandá. El torso relucía apenas a la luz de la luna, pero Ali no reconocía el rostro: ese hombre colgado de los pies, esa sonrisa sangrienta por encima de él no era su padre. No, no era él.

No del todo.

Ya no.

Volvió a restallar el sjambock¹.

Estaban todos allí, reunidos para el reparto del botín, los «Judías verdes», las milicias adiestradas para mantener el orden en los townships², esos negros a sueldo de los alcaldes comprados por el poder, los señores de la guerra, y también los otros, los que violaban los boicots y a los que les habían cortado las orejas: Ali quiso suplicarles, decirles que no servía de nada, que se equivocaban, pero no le salían las palabras. El gigante no lo soltaba:

—¡Mira, niño: mira!

Le apestaba el aliento a cerveza y a la miseria del bantustán³: volvió a golpear, dos veces, latigazos que desgarraban la piel de su padre, pero el hombre colgado del árbol ya no reaccionaba. Había perdido demasiada sangre. La piel se le había levantado por todas partes. Estaba irreconocible. La realidad se había resquebrajado. Ali, ingrátido, miraba fijamente hacia el lado contrario: no era su padre eso que colgaba del árbol... No.

Le giraron la cabeza como una tuerca para obligarlo a mirar, antes de arrojarlo de bruces contra el suelo. Ali cayó sobre el césped seco. No reconocía a los hombres que lo rodeaban, los gigantes llevaban medias en la cara o pasamontañas, sólo veía la rabia reflejada en sus miradas, sus capilares reventados como ríos de sangre. Escondió la cabeza entre las manos para enterrarse en ellas y ocultarse, para acurrucarse y volver a ser líquido amniótico... A dos pasos de allí, Andy flaqueaba a ojos vista. Todavía vestía el pantalón corto rojo que le servía de pijama, y que ahora estaba empapado de orina, y sus rodillas se entrechocaban. Le habían atado las manos a la espalda y le habían puesto un neumático al cuello. Los ogros lo empujaban, le escupían a la cara, increpándose unos a otros, a ver quién encontraba la frase adecuada, la mejor justificación para la matanza. Andy los miraba, con los ojos fuera de las órbitas.

Ali nunca había visto a su hermano flaquear: Andy tenía quince años, era el mayor. Por supuesto, se peleaban con frecuencia, para desesperación de su madre, pero Ali era decididamente demasiado pequeño para defenderse. Preferían ir de pesca y jugar con los coches de alambre que hacían ellos mismos. Peugeot, Mercedes, Ford, Andy era un experto. Hasta se había fabricado un Jaguar, que habían visto en una revista, un coche inglés que les hacía soñar. Ahora sus rodillas huesudas y torcidas tiritaban a la luz de las antorchas; el jardín al que lo habían arrastrado apestaba a gasolina, y los gigantes se peleaban entre los bidones. Más lejos había gente gritando en la calle, los Amagoduka que venían del campo y no entendían lo que les hacían a sus vecinos: la tortura del collar.

Andy lloraba, lágrimas negras sobre su piel de ébano, con su pantalón corto rojo empapado de miedo... Ali vio a su hermano tambalearse cuando arrojaron la cerilla al neumático cubierto de gasolina.

—¿Ves lo que pasa, hombrecito?! ¡¿Lo ves?!

Un grito, el chorro de petróleo sobre sus mejillas, la silueta dislocada de su hermano que se disolvía, fundiéndose como un soldadito de goma, y ese espantoso olor a quemado...

Los pájaros describían diagonales imposibles entre los ángulos del acantilado; se lanzaban en picado hacia el océano, inventaban suicidios y regresaban batiendo las alas...

Apostado en el terraplén que dominaba el lugar, Ali Neuman miraba pasar los buques de carga en el horizonte. Despuntaba el alba en el Cabo de Buena Esperanza, naranja y azul en el espectro índico. Las ballenas no eran más que un pretexto de paseo en su insomnio, ballenas jorobadas que, a partir de septiembre, venían a retozar a la punta de África... Ali había visto una vez a una pareja de ballenas saltar juntas en el aire antes de sumergirse en una larga apnea amorosa y reemerger cubiertas de espuma... La presencia de las ballenas le daba un poco de paz, como si su fuerza subiera hasta él. Pero el tiempo del amor había pasado para siempre. El alba horadaba la bruma sobre el mar, y ya no vendrían, ni esa mañana ni al día siguiente.

Las ballenas lo rehuían.

Habían desaparecido en las aguas heladas: ellas también tenían miedo del zulú...

Desdeñando el abismo que le tendía los brazos, Neuman bajó el sendero. El Cabo de Buena Esperanza estaba desierto a esa hora; no había autocares ni turistas chinos posando muy formalitos ante el mítico cartel. Sólo la brisa atlántica, que soplabla sobre la landa pelada, fantasmas conocidos que se perseguían al alba y sus eternas ganas de pelearse con el mundo. Una rabia ciega. Incluso los babuinos del parque se mantenían a distancia.

Neuman cruzó la landa hasta la entrada del Table Mountain National Park. El coche esperaba al otro lado de la barrera,

anodino y polvoriento. El viento que soplaba del océano lo había calmado un poco. No duraría. Nada duraba. Encendió el motor sin pensar.

Lo importante era aguantar el tipo.

2

– *Bass! Bass!*⁴

Los negros de alpargatas raídas que habían saltado las vallas de seguridad esperaban a que los coches redujeran la velocidad para vender su mercancía.

La N2 unía Ciudad del Cabo con Khayelitsha, su township más grande. Más allá de Mitchell's Plain, construida para los mestizos expulsados de las áreas blancas, se extendía una zona de dunas: en esa tierra llena de arena, el gobierno del apartheid había decidido construir Khayelitsha, «nueva casa», modelo del urbanismo de control típico de Sudáfrica: muy alejado del centro.

Pese a la superpoblación crónica, Josephina se negaba a mudarse a otra parte, ni siquiera a los terrenos acondicionados de Mandela Park, al sur del township, que habían construido para la emergente clase media negra; bajo sus sonrisas de ciega y su eterna bondad, la madre de Ali era una tremenda cabezota. Allí se habían refugiado los dos hacía veinte años, en los viejos barrios que formaban el corazón de Khayelitsha.

Josephina vivía sola en una de las *core-houses*⁵ de Lindela, el eje que cruzaba de parte a parte el township, y no tenía motivo de queja: por lo general, solían hacinarse cinco o seis personas en ese espacio que, como mucho, contaba con una sola habitación, una cocina y un exiguo cuarto de baño que, debido a su edad avanzada, había aceptado agrandar. Josephina era feliz a su manera. Tenía agua corriente, electricidad y, gracias a su hijo, «todas las comodidades con las que podía soñar una ciega de setenta años». Josephina no pensaba moverse de Khayelitsha,

y su colosal gordura no tenía nada que ver en su empecinamiento.

Ali se había resignado a tirar la toalla. El township necesitaba su experiencia (Josephina era enfermera diplomada), sus consejos y su fe. El equipo del dispensario en el que trabajaba como voluntaria hacía cuanto podía para atender a los enfermos y, dijera lo que dijera, Josephina no era del todo ciega: aunque ya no viera con precisión los rostros, todavía acertaba a distinguir las siluetas, que ella llamaba sus «sombras»... ¿Sería una manera de decir que estaba abandonando lentamente la superficie de este mundo? Ali no podía aceptarlo. Eran los únicos supervivientes de la familia, y ya no habría descendientes. Su tutor había saltado por los aires. No tenía más raíces que su madre.

Ali trabajaba demasiado pero iba a visitar a Josephina los domingos. La ayudaba con los papeleos burocráticos y la regañaba, acariciándole la mano, le decía que un día la iban a encontrar muerta, o inconsciente, si seguía corriendo de aquí para allá por el township a todas horas. La gruesa anciana se reía. Decía entre hipoes que se hacía vieja, que era un verdadero desastre, que pronto habría que traer una grúa para moverla, de modo que al final Ali también se reía. Para complacerla.

Un viento cálido se colaba por la ventanilla abierta del coche; Neuman dejó atrás la estación de autobuses de Sanlam Center y tomó por Lansdowne Street. Chapa, tablones de madera, puertas arrancadas, ladrillos, chatarra, se construía con lo que crecía en la tierra, lo que se conseguía aquí y allá, lo que se robaba o se cambiaba; las chabolas parecían montarse unas encima de otras, y las antenas, enmarañadas en los tejados, devorarse unas a otras bajo un sol de justicia. Neuman siguió la carretera de asfalto que conducía al viejo barrio de Khayelitsha.

Pensaba en las mujeres a las que nunca había llevado a casa de su madre, en Maia, a la que vería después de la comida dominical, cuando un movimiento en su ángulo muerto lo sacó de su ensimismamiento. Frenó delante de un vendedor de cigarrillos,

que no tuvo tiempo de abordarlo: Neuman retrocedió veinte metros y se detuvo a la altura del descampado.

Detrás de las cintas bicolors que delimitaban el solar del futuro gimnasio, dos jóvenes maltrataban a un niño, un mocoso harapiento que apenas se sostenía en pie... Neuman suspiró –le sobraba tiempo antes de la salida de misa– y abrió la puerta del coche.

Habían tirado al niño al suelo y lo estaban inflando a patadas, tratando de arrastrarlo hacia los cimientos del gimnasio. Neuman avanzó con la esperanza de que se marcharan corriendo, pero los dos jóvenes –tatuados y con bandanas en la cabeza, tenían toda la pinta de ser *tsotsis*⁶– seguían ensañándose con el más pequeño. El niño había mordido el polvo, sangraba por la boca y desde luego con esos brazos famélicos no iba a poder protegerse de los golpes.

El mayor de los jóvenes levantó la cabeza al ver a Neuman aparecer en el descampado:

–¡¿Y tú qué quieres?!

–Largo de aquí.

El zulú era más corpulento que los dos *tsotsis* juntos, pero el mayor llevaba una pistola debajo de su camiseta de la selección brasileña.

–El que se larga de aquí eres tú –dijo entre dientes–, ¡y ya mismo!

El joven negro lo apuntó a la cara con su pistola, una Beretta M92 semiautomática parecida a las que utilizaba la policía.

–¿De dónde has sacado esa arma?

Al *tsotsi* le temblaba la mano. Tenía los ojos translúcidos. Seguramente estaba colocado.

–¿De dónde has sacado esa arma? –repitió Neuman.

–¡Que te largues te he dicho, o te pego tres tiros!

–Eso –añadió su compañero–: no te metas en esto, ¿te enteras?

Tirado en el suelo, el niño se sujetaba la boca, contándose los dientes que aún seguían en su sitio.

—Soy policía: entregadme esa arma antes de que os dé vuestro merecido.

Los dos tipos intercambiaron una mirada y unas palabras en dashiki, el dialecto nigeriano.

—¡Te voy a volar la cabeza! —amenazó el mayor.

—Sí, y te pasarás el resto de tus días en la cárcel haciendo de puta para los matones —prosiguió Neuman—: con esa cara bonita que tienes te vas a tragar más pollas...

Les había dado donde más les dolía. Los dos jóvenes enseñaron los dientes, dos hileras sucias con más huecos que piezas dentales.

—¡Gilipollas! —espetó el cabecilla antes de salir corriendo.

Su compañero desapareció tras él, cojeando... Dos yonquis, no había duda. Neuman se volvió hacia su víctima, pero en el suelo ya sólo quedaba una masa de sangre. El niño había aprovechado para reptar hacia los cimientos del solar: se alejaba ya a toda velocidad, sangrando por la nariz.

—¡Espera! ¡No tengas miedo!

Al oírlo, el niño lanzó una mirada aterrorizada a Neuman, tropezó contra los escombros con sus sandalias de suela de neumático y se metió de cabeza por un tubo de hormigón, por el que desapareció. Neuman se acercó y calibró la circunferencia del conducto de evacuación —la apertura era demasiado estrecha para un adulto de su corpulencia... ¿Llevaría a alguna parte? Su llamada en la oscuridad no recibió respuesta.

Se incorporó, protegiéndose la nariz del olor a orina. Exceptuando un perro sarnoso que husmeaba el agua estancada de los cimientos, el solar estaba desierto. Sólo quedaban el sol y esas gotas de sangre que corrían por el polvo...

*

El township de Khayelitsha había cambiado desde la llegada de Mandela al poder: además de que ahora había agua corriente, electricidad y carreteras asfaltadas, junto con los edificios administrativos también se habían levantado casitas de ladrillo, y

las redes de transporte permitían llegar hasta el centro de la ciudad. Muchos criticaban la política del «pequeño paso» inaugurada por el icono nacional; cientos de miles de viviendas estaban aún sumidas en la miseria, pero era el precio que había que pagar por el «milagro sudafricano», por la llegada pacífica de la democracia a un país al borde del caos...

Neuman aparcó el coche delante del trozo de tierra resquebrajada que constituía el jardín de su madre. Las mujeres del barrio volvían de misa, tan coquetas con sus vestidos con los colores de su congregación: buscó a Josephina entre ellas pero sólo vio niños bajo las sombrillas. Llamó a la puerta a la vez que la abría y, nada más entrar, vio la blusa rota sobre la silla.

—¡Entra! —dijo su madre, adivinando sus pasos en la entrada—. ¡Entra, cariño!

Ali encontró a Josephina tumbada en la cama deshecha, con una enfermera inclinada sobre ella. Tenía la frente bañada en sudor, pero sonrió al ver su silueta en la puerta.

—Estás aquí...

Neuman cogió la mano que su madre le tendía y se sentó al borde de la cama.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, inquieto.

Los ojos de la anciana se agrandaron, como si su hijo estuviera en todas partes.

—No pongas esa cara —le dijo con cariño—: enfadado no estás tan guapo.

—Creía que eras ciega... Anda, di, ¿qué ha pasado?

—Su madre ha sufrido un síncope —anunció la enfermera desde el otro lado de la cama—. La tensión la tiene bien, pero no sea brusco con ella, haga el favor: todavía está impresionada por lo que ha ocurrido.

Myriam era un bellezón de veinte años, una xhosa⁷ de ojos de cedro. Neuman apenas se fijó en ella:

—¿Me vas a decir lo que ha pasado, sí o no?

Josephina había cambiado su vestido elegante por una vieja túnica de estar en casa, una prenda del todo indigna para ir un domingo a la iglesia.

—¿Te han agredido?

—¡Bah!

La gruesa mujer hizo una mueca de disgusto, acompañada de un gesto como para ahuyentar una mosca.

—Han asaltado a su madre esta mañana —dijo Myriam—, cuando iba camino de la iglesia: el agresor la ha tirado al suelo al arrancarle el bolso. La han encontrado sin conocimiento en mitad de la calle...

—Es que no lo he visto venir —protestó la interesada, dándole palmaditas en la mano a su hijo—. Pero no te preocupes: ¡no ha sido más que un susto! Myriam se ha ocupado de todo...

Ali suspiró. Entre sus múltiples actividades, Josephina formaba parte de una asociación cuya tarea era la de resolver problemas familiares, ejercer de árbitro en disputas y servir de intermediario entre la población del township y las autoridades locales. Todo el mundo sabía que su hijo era el jefe de la policía criminal de Ciudad del Cabo: atacarla a ella suponía tenderle la garganta al tigre de su hijo.

Mientras tanto, Josephina descansaba entre las sábanas blancas de la cama con dosel —viejo capricho de princesa zulú—, con el rostro apagado, sin brillo, y su pobre sonrisita perdida en su alfombra de sudor no lo convencía mucho.

—Ese idiota habría podido romperte algún hueso —dijo.

—Soy gorda pero resistente.

—Una fuerza de la naturaleza, especializada en síncope —comentó él—. ¿Dónde te duele?

—En ningún sitio... ¡Te lo aseguro!

Agitaba las ramas como un viejo árbol sacudido por el viento.

—Su hijo tiene razón —dijo Myriam, guardando sus utensilios—. Ahora será mejor que descanse un poco.

—Bah...

—¿Eran uno o varios los que te han agredido? —quiso saber Neuman.

—¡Oh! Uno solo: ¡con uno basta y sobra!

—¿Y qué te ha robado?

—El bolso nada más... También me ha roto la blusa, pero no importa: ¡era una muy vieja!

—Has tenido mucha suerte.

Por la ventana, Ali vio que los chavales del barrio miraban su coche con interés, riendo. Myriam corrió las cortinas, y la pequeña habitación quedó sumida en la penumbra.

—¿A qué hora ha sido? —continuó Neuman.

—Hacia las ocho —contestó Josephina.

—Es un poco temprano para ir a la iglesia.

—Es que... antes tenía que ir a casa de los Sussilu, para nuestra reunión mensual... Yo tenía el bote⁸... Sesenta y cinco rands⁹.

Su madre colaboraba además con varias agrupaciones, círculos de ahorro, ayudas para la financiación de entierros, la asociación de madres de la parroquia..., tantas que Neuman se perdía un poco. Frunció el ceño: eran más de las diez de la mañana.

—¿Y cómo es que nadie me ha avisado?

—Su madre no ha querido ni oír hablar de ello —contestó la enfermera.

—No quería alarmarte para nada —se justificó Josephina.

—En mi vida había oído una tontería más grande... ¿Se lo has dicho a la policía del township?

—No... no: es que todo ha sido muy rápido, ¿sabes? El agresor ha llegado por detrás, me ha dado un tirón del bolso, y yo me he caído al suelo por el síncope... Me ha encontrado un vecino. Pero para entonces hacía tiempo que el ladrón había escapado.

—Eso no explica por qué no ha venido ningún agente a interrogarte.

—Es que no lo he denunciado.

—¡Anda, mira tú!

—No escucha nada de lo que se le dice —corroboró Myriam—. Pero eso también lo ha heredado usted, ¿no?

De hecho, Ali no la escuchaba:

—¿Se puede saber por qué no has denunciado la agresión?

—Mírame: ¡estoy perfectamente!

La risa de Josephina sacudió la cama, haciendo temblar sus enormes pechos. La agresión, la caída al suelo, el síncope, todo le parecía algo lejanísimo.

—Quizá haya algún testigo —insistió Neuman—. Y tienen que tomarte declaración.

—¿Y qué indicios puede darle a la policía una anciana ciega?! Y además, sesenta y cinco rands, ¿no vale la pena preocuparse por tan poco!

—Lo tuyo ya no es caridad cristiana sino inconsecuencia.

—Cariño —se enterneció la anciana—. Hijo mío...

Ali la interrumpió:

—No creas que porque eres ciega no te veo venir... —insinuó.

Su madre tenía radares en las yemas de los dedos, antenas en las orejas y ojos en la nuca. Llevaba más de veinte años viviendo en ese barrio, conocía a todos sus habitantes, las calles y los callejones: seguro que tenía alguna idea de quién podía ser su asaltante, y Ali sospechaba que esa insistencia en minimizar la agresión de la que había sido víctima escondía algo...

—¿Y bien?

—No quisiera resultar pesada, señor Neuman —dijo la enfermera—, pero su madre acaba de tomar un calmante, y pronto empezará a hacerle efecto.

—La veré fuera —le dijo, para librarse de ella y quedarse a solas con su madre.

Myriam arqueó las cejas, impecables arabescos, y cogió su bolso.

—Volveré esta noche —le dijo a Josephina—. Hasta entonces, descanse, ¿entendido?

—Gracias, hija —contestó Josephina desde su cama con dosel.

Era la primera vez que Myriam coincidía con su hijo adorado. Un cuerpo esbelto y fuerte, rasgos finos y regulares, pelo muy corto, una mirada elegante, oscura y penetrante, unos labios preciosos: era exactamente tal y como su madre se lo había descrito... Ali esperó a que hubiera salido la joven xhosa para acariciar la mano de su testaruda preferida.

—El que te ha agredido —dijo, siguiendo la línea de sus venas— es alguien que conoces, ¿verdad?

Josephina cerró los ojos sin dejar de sonreír. Quiso mentir, pero la mano de su hijo estaba tan caliente...

—Lo conoces, ¿verdad? —insistió.

La anciana suspiró, como si el pasado se hubiera hecho presente. Ali tenía las mismas manos que su padre...

—Conocía a su madre —reconoció por fin—. Nora Mceli... Una amiga de Mary.

Mary era la prima que los había acogido en Khayelitsha cuando tuvieron que huir del bantustán de KwaZulu. En cuanto a su amiga Nora Mceli, era una *sangoma*, una curandera, que le había curado unas terribles anginas: Ali recordaba a una africana de mirada de cabra furiosa que, tras darle a beber numerosos brebajes, había logrado arrancarle la bola de fuego que le consumía la garganta...

—Nos perdimos de vista cuando murió Mary, pero Nora tenía un hijo —prosiguió Josephina—. Estaba con ella el día del entierro: Simon... ¿No lo recuerdas?

—No... ¿Y ese tal Simon es el que te ha agredido?

Josephina asintió, casi avergonzada.

—¿Su madre sigue ejerciendo?

—No lo sé —dijo la anciana—. Nora y Simon se marcharon del township hace unos meses, según me han dicho. La última vez que los vi fue en el entierro de Mary. Simon debía de tener entonces unos nueve años: era un niño amable, de salud frágil. Lo atendí una vez en el dispensario. El pobre tenía un soplo en el corazón y asma... Ni siquiera Nora podía hacer nada por él. Quizá por eso se marcharan del township... Ali —le dijo, apretando con fuerza su gran mano—: Nora Mceli nos ayudó cuando lo necesitamos. No puedo denunciar a su hijo, ¿lo entiendes? Además, para atacar a una vieja como yo hay que estar muy desesperado, ¿no te parece?

—O ser un cobarde redomado —dijo Ali entre dientes.

Josephina siempre disculpaba a todo el mundo. Tanto sermón le nublabla el juicio.

—Estoy convencida de que Simon no se acuerda de mí —dijo, muy segura de sí misma.

—Me extrañaría.

Con sus elegantes túnicas blancas, su corpulencia y su bastón, Josephina pasaba tan inadvertida como una aurora boreal. Ali vio sus baratijas sobre la mesilla de noche, las fotos de su hijo querido, que no la tenía más que a ella, y el cementerio humeante que encerraba su universo.

—¿Simon estaba solo cuando te atacó?

—Sí.

—¿Es miembro de alguna banda?

—Eso me han dicho, sí.

—¿Qué te han dicho exactamente?

—Sólo que se juntaba con otros chicos de la calle...

—¿Y por dónde se mueven?

—No lo sé. Pero si vagabundea por la calle como dicen, eso es que le habrá ocurrido alguna desgracia a su madre.

Ali asintió despacio con la cabeza. Josephina no pudo reprimir un bostezo y dejó al descubierto los pocos dientes que le quedaban. El calmante estaba empezando a hacer efecto...

—Bueno, veré lo que se puede hacer... —Ali besó a su madre en la frente—. Y ahora, duerme. Me pasaré a verte a última hora para asegurarme de que sigues viva...

La anciana ahogó una carcajada, a la vez apenada y encantada de ser objeto de tantas atenciones.

Neuman corrió del todo las cortinas para que la oscuridad fuera completa.

—A propósito —le preguntó desde la cama, mientras aún estaba de espaldas—, ¿qué te ha parecido la pequeña Myriam?

La joven enfermera esperaba delante de la casa, su silueta grácil se recortaba contra el azul del cielo.

—Fea de narices —contestó Ali.